

VIETNAM

Historia secreta de las negociaciones

«Los que menos saben son los que más hablan y los más enterados no dicen nada», repetía hasta el último momento a sus visitantes el Presidente Johnson. Enigmático, transfigurado para unos y maniobrero para otros, añadía en un suspiro: «Si doy la orden de cesar los bombardeos antes de la elección presidencial, se me acusará de haber querido ayudar a Humphrey. Si la doy después, se me acusará de haberle abandonado. Pocas personas estarán dispuestas a reconocer que he obrado con desinterés, como hombre de Estado que esperaba las respuestas de Saigón y de Hanoi».

A pesar de la discreción de los negociadores americanos y vietnamitas, se conocía en Washington, París, Moscú, Saigón y Vientian el programa presentado el 4 de octubre: en contrapartida al cese de todos los bombardeos sobre la República Democrática de Vietnam, Johnson —por mediación de Cyrus Vance— pedía a los norvietnamitas: 1) retirar sus tropas de la zona desmilitarizada; 2) cese de los ataques contra las poblaciones de Vietnam del Sur; 3) aceptar a la mesa de la negociación a representantes del Gobierno de Van Thieu.

Soviéticos y franceses, grandes «interpretadores», aconsejaban a los vietnamitas la aceptación de este esquema. En actitud firme, éstos rechazaban aparentemente el ceder a unas condiciones que entraban en el terreno del «regateo». No se debía, insistían, hablar de «package deal», de negociación sobre todo el lote. Habían hecho saber que la pausa militar en Vietnam del Sur era, por su parte, deliberada. Sin embargo, no era cuestión de dar garantías oficiales. En el curso de un viaje relámpago a Washington, el general Creighton Abrams —opuesto en agosto al cese de los bombardeos— dejaba entender que ahora dicho cese «no pondría a sus tropas en peligro». Para Johnson se había protegido el honor y los G. I. se encontraban fuera de peligro.

Desde la semana precedente, Pham Dang Lam, cónsul general, representante en calidad de observador de los sudvietnamitas en París, decía en privado que «la cuestión de los bombardeos se había superado». Se insistía sobre la tercera petición: los norvietnamitas no querían, de entrada, hombres de la «pandilla Thieu-Ky», los cuales se resistían a encontrarse al mismo nivel con los hombres del F.N.L. En el transcurso de una tempestuosa conversación entre el

jefe de la delegación americana y Pham Dang Lam, le dijo Harriman: «Su Gobierno no representa a todo el Vietnam del Sur». En París y Saigón, los sudvietnamitas se sintieron abandonados por los americanos, que habían aceptado de los norvietnamitas «una reunión con la República de Vietnam» (Saigón).

Para salir del punto muerto, los americanos —empíricos y pragmáticos— proponían que los equipos negociadores representando a Saigón y al F.N.L. dispusieran de un estatuto ambiguo. Si fuera necesario, Saigón y el F.N.L. no se hablarían directamente, evitándose de este modo «reconocerse» diplomáticamente. Thieu contraatacaba: quería que se hablara de delegaciones «aliadas» para Estados Unidos y Saigón, de delegaciones «comunistas» para la R. D. V. y el F.N.L.

Aparentemente, los vietnamitas no se apasionaron por la carrera hacia la Casa Blanca: «Más que la personalidad del futuro Presidente —que es algo decisivo— es la relación de las fuerzas sobre el terreno». A largo plazo, lo que cuenta para los vietnamitas después del cese de los bombardeos, tanto como la representatividad del F.N.L., tanto como el retorno a la paz, es la retirada de los norteamericanos del Vietnam, es decir, la futura independencia del país. Ya se ha hablado de ello. Y se volverá a hablar. Los vietnamitas no quieren que París 68 sea una nueva edición de Ginebra 54, que consagrara de nuevo —no en la práctica, sino en la teoría— la división del país.

Respecto al Presidente americano —fuera el que fuera, pensaban ellos— se verá obligado a hacer la misma política. De hecho, las posturas de Humphrey y de Nixon no se encontraban muy alejadas. Desde el 30 de septiembre, Humphrey se mostraba partidario del cese de los bombardeos —reservándose el derecho a volver a iniciarlos si los vietnamitas actuaban de «mala fe». Se pronunció en favor de una retirada «gradual» de tropas americanas y de elecciones con la participación del F.N.L. Nixon se encontraba igualmente dispuesto a «desamericanizar» la guerra y, además, a aceptar en un Gobierno de Saigón a «cualquier individuo que rechace el empleo de la fuerza».

Humphrey y Nixon se mantuvieron a igual distancia de Wallace. Este último pedía la limitación hasta el mes de enero de las conversaciones de Pa-

ris; después, buscar una solución militar si aquellas no conducían a algún resultado positivo. Desde el 9 de octubre, Nixon —recordando que Eisenhower había acabado con la guerra de Corea y, por consiguiente, él, su heredero republicano, podría acabar con la de Vietnam— decía: «Quizá nos sea posible aceptar muchas más cosas en enero que ahora». Semanas atrás, sabiendo que Johnson se reservaba el anuncio de lo que a los americanos podría parecerles el fin de la guerra —y que, por consiguiente, favorecería a Humphrey—, Nixon exigía una dramática escalada de los aspectos no militares de la lucha en el terreno político, económico, psicológico y diplomático. Puesto al corriente de las conversaciones secretas, declaraba hace un par de semanas que se había opuesto al hecho de que se «impusiera» un Gobierno de coalición a Vietnam del Sur. No decía que se había opuesto a la «idea» de un Go-

bierno de coalición. En una palabra, en un último esfuerzo, había llegado tan lejos como Humphrey. Durante ese tiempo se anunciaba un posible golpe de Estado contra Thieu, «preparado» con la ayuda de la C.I.A. El general Minh sorprendía a todo el mundo al denunciar el cese de los bombardeos. ¿No se le consideraba hasta entonces como moderado, como un interlocutor aceptable para la R. D. V. y para el F.N.L.? Minh se reservaba su porvenir tomando distancia respecto de los americanos.

El cese de los bombardeos no es ni un alto el fuego ni un armisticio. Como se subraya en Hanoi, «comienza la lucha política». Los vietnamitas han ganado la guerra; no consentirán en perder la paz. Y quizá no esté lejano el momento en que veamos a «patrullas mixtas del F.N.L. y del Ejército americano —enfrentados a los ultras en Saigón— asegurar conjuntamente el orden en Vietnam del Sur».

Poesía española BUSCANDO CAMINOS



«Yo voy soñando caminos...»; así se inicia una de las más hermosas composiciones de Antonio Machado, el poeta inteligente y bueno, del que todos se reclaman —por su postura humana, por su calidad personal—, pero al que nadie sigue, porque no pertenece, según creo, al linaje de los creadores de escuelas. (De Antonio Machado, Taurus Ediciones acaba de reeditar sus «Soledades», en la colección «Temas de España».) Los nuevos poetas españoles no sueñan caminos, los buscan denodadamente. ¿Los encontrarán? El experimentalismo, tan necesario en épocas de transición, informa la labor actual de los mejores. Hay que investigar, inventar, volver tensa la imaginación, impugnar el orden poético establecido por mucho prestigio de que se revista. «Soledades» recoge la creación «moderada» de Antonio Machado y fue en su tiempo y en este aspecto un libro conformista; pero fue un libro-plataforma del que hubo de partir hacia el descubrimiento de nuevas formas y contenidos, hacia el perfilamiento y la consolidación de una personalidad lírica original. La seriedad con que se enfrentó a su tarea y el considerable talento que puso al servicio de la misma le permitieron lograr los puntos de plenitud que marcarían uno de los más elevados niveles de la poesía española del siglo.

En uno de los poemas de «Camino

sin retorno» («El pájaro cascabel», colección de poesía), el malagueño Francisco J. Carrillo nos trae el recuerdo de Machado a través de la cita, patética, de una de las mejores composiciones breves pertenecientes a la época de madurez del gran sevillano: «... Una de las dos Españas —ha de helarte el corazón». También Francisco J. Carrillo vuelve a Antonio Machado, pero no para intentar una imitación o una prolongación imposibles, sino para asumir una postura vital. En efecto, al libro de Carrillo hay que inscribirlo, fuera de toda tendencia, al margen de toda perclitada escuela, en la perspectiva abierta por el afán de destruir la esclerosis formal aún vigente y de hallar fórmulas inéditas capaces de contener las nuevas inquietudes y expresarlas con un lenguaje también nuevo. Carrillo se encuentra en una fase de acelerada maduración, en un proceso de «revolución expresiva permanente» del que cabe esperar conclusiones de gran fecundidad. Su esfuerzo coincide con el de otros muchos poetas alzados contra los esquemas previamente establecidos. En este sentido no cabe hablar de una escuela, de una tendencia definida como sustitución de las tendencias y escuelas congeladas que se proponen sobrepasar, pero sí de una sintonía de planteamientos y de fines que otorga una cierta unidad a la dispersa labor de todos los jóvenes. ■ E. G. R.



Van Thieu. ¿Tendrá que luchar algún día contra el F. N. L. y los norteamericanos?

UNA ETAPA DE LA ECONOMÍA ESPAÑOLA Gloria y miseria de la Dictadura

La reconstrucción de la historia económica de la Dictadura del general Primo de Rivera ha constituido otra de las importantes lagunas en el estudio de la evolución del capitalismo español. A rellenar este hueco se dirige el más reciente trabajo del profe-

sor Velarde. «La Política Económica de la Dictadura» (Guadiana de Publicaciones. Biblioteca Universitaria de Economía, colección dirigida por el profesor R. Tamames), obra sugestiva y polémica, que recoge una importante documentación sobre el tema.